

2010

Sollemnitas Sancti Francisci



Ordo Fratrum Minorum

Reavivar nuestra fe en los sacerdotes

Carta del Ministro y del Definitorio general para la Fiesta de san Francisco

*Queridos Hermanos,
¡El Señor os dé la paz!*

Como ya es tradición, os escribimos en esta ocasión para saludaros y deseáros una feliz fiesta de nuestro padre san Francisco. Que sea ésta una oportunidad para revitalizar nuestro carisma y compromiso en el seguimiento de Cristo, según la forma de vida que nos ha dejado Francisco.

Pensando en el *Año Sacerdotal*, concluido recientemente, y también a petición de varios Hermanos, este año deseamos compartir con vosotros algunos puntos de reflexión sobre el sacerdocio ministerial a la luz de los *Escritos* de san Francisco, iniciando así una consideración sobre la identidad de los Hermanos llamados al sacerdocio, como nos lo ha pedido el Capítulo general de 2009 en el *Mandato 2*. Más adelante tendremos la oportunidad de reflexionar sobre la identidad de los Hermanos Laicos.

Con el Pobrecillo de Asís y en sintonía con la Iglesia queremos profundizar desde la fe en el ministerio sacerdotal «que no es un simple “oficio”, sino un sacramento» (BENEDICTO XVI, *Homilía*, 11 de junio de 2010). Precisamente por esto se trata de una realidad bella y grande, confiada a hombres escogidos «de entre los hombres y constituidos en favor de la gente» (*Hb* 5,1) y que muestra, sobre todo, la «audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar. Esta audacia de Dios es realmente la grandeza que se oculta en la palabra “sacerdocio”» (BENEDICTO XVI, *l.c.*).

«El Señor me dio... tanta fe en los sacerdotes» (*Test 6*)

Hace ocho siglos, Francisco confesaba explícitamente, en el *Testamento*, su fe convencida en los sacerdotes, incluso «en los pobrecillos sacerdotes»; fe que nosotros estamos llamados a vivir hoy, redescubriendo el significado del ministerio sacerdotal para nuestra vida y misión.



Para Francisco, el sacerdocio debe ser visto, antes que todo, en

relación «con el santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo...» y con las «santas palabras... de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos dicen, anuncian y administran» (*2CtaF* 33-34). Esto significa concretamente que es a través del ministerio apostólico, del cual participan los sacerdotes, como recibimos el anuncio del Evangelio y los sacramentos de la salvación, a saber, el bautismo, la eucaristía y el perdón de los pecados, que nos hacen verdaderos hijos de Dios y nos constituyen en miembros del Cuerpo de Cristo. Se entiende mejor, entonces, por qué Francisco siempre deseaba «recurrir a ellos [a los sacerdotes]... Y no quiero tomar en consideración su pecado, porque veo en ellos al Hijo de Dios y son mis señores» (*Test* 6-9).

En la situación actual de la Iglesia es de fundamental importancia llegar a las raíces de esta realidad de la cual habla Francisco. Él nos ilumina para saber cómo comportarnos, en nuestra existencia concreta de creyentes, respecto a los sacerdotes y, si somos sacerdotes, respecto a nuestro ministerio. «Comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal» (BENEDICTO XVI, *l.c.*), quiere decir aceptar al mismo tiempo, con realismo y humildad, que esta grandeza y esta belleza están contenidas «en vasijas de barro» (*2Cor* 4,7) sin escandalizarse o, peor aún, separarse de la Iglesia que, a través del ministerio de los sacerdotes, nos permite tener pleno acceso a Jesús y su salvación.

«Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes» (*COrd 23*)

Francisco habló en diversas ocasiones de los sacerdotes y de las actitudes que se deberían tener para con ellos. La Fraternidad que poco a poco se fue formando en torno a él comprendía tanto clérigos como laicos, como lo demuestran algunos de sus *Escritos*: «y mis hermanos benditos, tanto los clérigos como los laicos, confiésense de sus pecados con los sacerdotes de nuestra Religión» (*Rnb* XX, 1; cf. *Rb* VII, 2). Hacia el final de su vida, cuando los hermanos sacerdotes eran más numerosos, dedicó a los «hermanos sacerdotes, los que son y serán y desean ser sacerdotes del Altísimo» (*COrd* 14), una parte considerable de su *Carta a toda la Orden*, que está dirigida «a todos los ministros y custodios y sacerdotes de la misma Fraternidad», calificándolos como «humbles en Cristo» (*COrd* 2). ¡Lo cual parece ser un recordatorio, un deseo y una amonestación!

La parte central del mensaje, dedicado a los sacerdotes, se refiere a la celebración de la Eucaristía. Francisco les recuerda a los sacerdotes que deben acercarse a este sacramento, «puros» y también que ofrezcan «con reverencia, el verdadero sacrificio del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y háganlo con intención santa y limpia, y no por cosa alguna terrena ni por temor o amor de hombre alguno, como *queriendo agradar a los hombres*; sino que toda la voluntad, en cuanto es posible con la ayuda de la gracia, se dirija a Dios, deseando agradar al solo sumo Señor» (COrd 14-15). Esta acumulación repetitiva de cosas por hacer y por evitar denota en Francisco una cierta inquietud, porque existe la posibilidad de que las cosas pudieran ir diversamente. Nos parece que esta preocupación no sólo se aplica al pasado. Las severas advertencias y las amenazas que siguen, tomadas de la *Carta a los Hebreos*, demuestran la seriedad con la que Francisco se pone delante de la Eucaristía y la Palabra de Dios.

Todo ello, sin embargo, contribuye a destacar la grandeza incomparable - la dignidad - del sacerdocio. Con un realismo paradójico, Francisco habla del hermano sacerdote como de alguien que «toca con las manos, toma en el corazón y con la boca, y da a los demás para tomar no a quien ha de morir, sino a quien ha de vivir eternamente y es glorificado y a quien los ángeles desean contemplar» (COrd 22). Osa, incluso, comparar al sacerdote con María que ha llevado a Cristo en su seno, con Juan Bautista que tembló al tocar la cabeza de Jesús, con la tumba donde yació su cuerpo (COrd 21). Aquí está el sentido profundo del ministerio que Dios ha conferido a los sacerdotes y por lo que se les debe amor, reverencia y honor.

Lo que sigue del texto nos conduce a una profundización mayor: la revelación de la humanidad de Dios a través de la Eucaristía. La descripción muy realista - carne y sangre, mano que toca y distribuye, boca que come - se abre a un último y estupendo misterio: Dios que se humilla en la Eucaristía, como lo hizo en el momento de la encarnación, dejando el seno glorioso del Padre para asumir la fragilidad de la condición humana (cf. *I Am* 17-18; *2CF* 4). El hacerse carne ya manifestaba el abajamiento de Dios, su *kénosis*; en la Eucaristía, esta realidad va todavía más allá: ni siquiera asume un cuerpo humano, sino que se hace presente bajo el signo del pan, una simple cosa cotidiana. «Mirad, hermanos, la humildad de Dios - exclama Francisco - y derramad ante él vuestros corazones; humillaos también vosotros, para ser enaltecidos por él. Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os

reciba el que todo entero se os entrega» (COrd 28-29). La humildad de Dios manifestada en la Eucaristía es presentada por Francisco como base y fundamento de la vocación evangélica a la que hemos sido llamados.

Nuestra fe en los sacerdotes y nuestra experiencia

La visión que Francisco tiene del ministerio sacerdotal puede parecer teórica, idealista: no obstante, es inspiradora del comportamiento que debemos tener también hoy en día.

Somos conscientes de que la estima que se tienen actualmente de los sacerdotes no es muy alta. Algunas situaciones conocidas por todos lo demuestran claramente: además de la disminución de las vocaciones al sacerdocio en muchos países, la falta de fe generalizada que se vive en el mundo y en la Iglesia, las acusaciones de abusos cometidos a menores de parte de algunos sacerdotes, el mismo estilo de vida que conduce al sacerdote frecuentemente a vivir “separado” de los fieles laicos, hacen que la estima por el ministerio sacerdotal y la fe en los sacerdotes desminuya cada vez más.

Sin embargo, estamos invitados a renovar nuestra fe sobre aquello que fundamenta el ministerio sacerdotal, reafirmando su necesidad para la Iglesia, aún reconociendo que los sacerdotes, como la misma Iglesia, no son seres perfectos. Para poder vivir todo ello, no hay otra cosa mejor que meditar el siguiente texto personal de Francisco: «el Señor me dio, y me sigue dando, tanta fe en los sacerdotes..., por su ordenación, que, si me persiguieran, quiero recurrir a ellos. Y si yo tuviera tanta sabiduría como la que tuvo Salomón y me encontrara con los pobrecillos sacerdotes de este mundo, no quiero predicar en las parroquias en que habitan si no es conforme a su voluntad. Y a éstos y a todos los demás sacerdotes quiero temer, amar y honrar como a mis señores. Y no quiero tomar en consideración su pecado, porque veo en ellos al Hijo de Dios y son mis señores. Y lo hago por esto: porque en este mundo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y su santísima sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a los demás» (Test 6-10).



«La Orden de los Hermanos Menores, por su propia naturaleza, se compone de hermanos clérigos y laicos» (CCGG 3,1). Nuestra vocación franciscana, por tanto, no está necesariamente ligada al sacerdocio. Aquí es válido lo que escribió el Apóstol: «Que permanezca cada cual en el estado en que se hallaba cuando Dios lo llamó» (1Cor 7,20); sobre todo cuanto Jesús dijo a sus Apóstoles: «No me habéis elegido vosotros a mí; más bien os he elegido yo a vosotros» (Jn 15,16). La vocación sacerdotal, como la laical, no es una elección nuestra, sino una llamada específica del Señor. Nuestra tarea es simplemente el responder con generosidad. En toda vocación reconocemos un don del Señor a la Iglesia y a la humanidad. Iguales por la profesión (cf. CCGG 3,1), todos estamos llamados a vivir como hermanos y según las exigencias de la común vocación y misión: «en la diversidad de ministerios todos los cristianos son llamados a responder a la Palabra del Señor que envía a anunciar la Buena Nueva del Reino» (PdE 25). Quien ha sido llamado a ejercer el ministerio sacerdotal debe recordar siempre que el ministerio no puede ser tomado como una promoción humana o una dignidad personal que nos sitúa en nuestras Fraternidades por encima de nuestros hermanos laicos o sobre los fieles laicos en la Iglesia. En profunda comunión con todos, especialmente con los últimos, y en espíritu de *conversión eclesial*, abiertos a una misión compartida (cf. PdE 25), para nosotros el

sacerdocio ha de vivirse según cuanto exige nuestra identidad de Hermanos Menores, como se indica en nuestras *Constituciones generales* y en las *Prioridades*. De este modo el don del sacerdocio en la Orden, será una gran riqueza para construir el Reino entre nosotros.

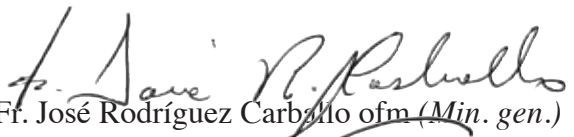
Queridos hermanos, he aquí algunas ideas para estimularnos a una reflexión más amplia acerca de la identidad de los Hermanos que han sido llamados al ministerio sacerdotal. Os invitamos, pues, a continuar dichas reflexiones en vuestra Fraternidad, Provincia o Custodia. Os invitamos, especialmente, a reflexionar sobre el punto de partida, la *humildad* de Dios, como escribió Francisco o sobre la *audacia de Dios*, como ha dicho Benedicto XVI.

No podemos concluir de mejor manera que citando las palabras de Francisco: «y a todos los clérigos tengámoslos por señores nuestros en las cosas que miran a la salvación del alma y no se desvían de nuestra Religión; y veneremos en el Señor su orden y oficio y ministerio» (Rnb XIX, 3).

Sobre todos vosotros, amados Hermanos, clérigos y laicos, desciendan abundantes bendiciones del Señor.

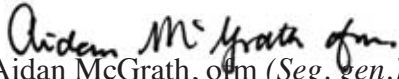
Vuestros Hermanos del Definitorio

Roma, 15 de julio de 2010
Fiesta de S. Buenaventura


Fr. José Rodríguez Carballo ofm (Min. gen.)

Fr. Michael Anthony Perry, ofm (Vic. gen.)

Fr. Vincenzo Brocanelli, ofm (Def. gen.)
Fr. Vicente-Emilio Felipe Tapia, ofm (Def. gen.)
Fr. Nestor Inácio Schwerz, ofm (Def. gen.)
Fr. Francis William Walter, ofm (Def. gen.)
Fr. Roger Marchal, ofm (Def. gen.)
Fr. Ernest Karol Siekierka, ofm (Def. gen.)
Fr. Paskalis Bruno Syukur, ofm (Def. gen.)
Fr. Julio César Bunader, ofm (Def. gen.)
Fr. Vincent Mduduzi Zungu, ofm (Def. gen.)


Fr. Aidan McGrath, ofm (Seg. gen.)

